

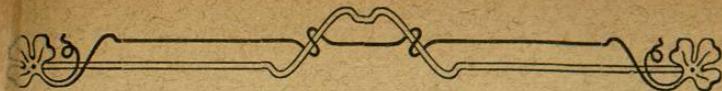
mismo efecto, que en el salvajismo, en la viciada y ponzoñosa quinta esencia de la cultura. Leopardi vuelve á hallar, en las *donnas* que celebra en sus cantos, á todas las divinidades de su Olimpo; Ingersoll, el ateo *yankee*, ama y adora á las *ladies* y *misses* como el trovador más rendido; Augusto Comte niega á Dios, y funda nueva religión, inspirado por la mujer, cuyo ideal modelo de pureza y de amor es la Virgen Madre; Cousin, hartado de filosofar, y en su vejez, se enamora arcaica y retrospectivamente de Mad. de Longueville y de otras princesas y altas señoras de los tiempos de Luis XIV, y difunde su pasión amorosa en alabanzas tan tiernas, que suenan como amartelados suspiros; Michelet cae, en los últimos años de su vida, en un dulce deliquio, en un melancólico erotismo, que vierte en sus libros sobre el amor y sobre la mujer; y Renán, descollando entre todos, llega ya á dar á este erotismo, idólatra ó *hiperdúlido*, una fuerza frenética, profética y apocalíptica, que se nota en *La Abadesa de Jouarre*, y en el prólogo sobre todo de tan afrodisíaco drama.

Demostrado así y patente el poder milagroso de la mujer para hacer que surja ó que resurja lo ideal en el alma del hombre, mis escrúpulos se disipan y la figura de Tabaré quedá tan consistente y verdadera como las de los más históricos personajes.

Aplaudamos, pues, á Juan Zorrilla, sin el menor reparo, ya que ha sabido dar á luz tan amena leyenda ó poema, sin apartarse un ápice de la verdad y siendo al mismo tiempo naturalista é idealista en su obra.

Créame V. su afectísimo amigo,

JUAN VALERA.



Á MI ESPOSA

ELVIRA BLANCO DE ZORRILLA

Te dedico TABARÉ.... ¿Y qué he de hacer?

Si fuera á esperar la época en que podré ó no producir algo digno de tí, tendría que renunciar á la satisfacción de escribir tu nombre, que me es tan querido, al frente de una de mis obras.

Te lo dedico, pues; á tí, la inspiradora de aquellos mis primeros cantos de amor que aún me parece escuchar á la distancia, como una serenata que acaba de pasar por mi lado, y cuyos acordes lejanos se desvanecen en una queja llena de melancolía.

Viejo ya, aunque sin canas y quizá sin muchos años, siento llegar hasta mí, fundidas en un solo acorde, las últimas notas de aquellos mis cantos de adolescente, y las primeras risas de nuestros hijos. Hay algo de todo eso en la inspiración que ha dado vida, más ó menos efímera, á este poema; hay, por consiguiente, mucho que es tuyo; tu espíritu y el mío palpitan identificados en él.

Sin duda por eso he mirado á Tabaré con predilección; tú lo sabes, pues ha sido tu rival durante muchas de esas pocas horas que el trabajo incesante ó las preocupaciones de mi agitada vida me han dejado libre, y que hubieran sido tuyas y de nuestros hijos si no me

las hubiera reclamado con derecho el pobre indio, soñada personificación de una estirpe muerta que, cuando menos, tiene derecho á nuestra compasión.

¡Cuántas veces, aunque no muy de grado, ahuyentaste de mi mesa de labor á nuestra querida y bulliciosa catterva, para hacer silencio en torno de la cuna de mi charrúa!

Quiero devolverte esas horas, dedicándote la obra á que ellas fueron consagradas. Lee, una que otra vez, á nuestros hijos algunas de las estrofas de este pedazo de historia de nuestra patria, de esta su hermosa patria uruguaya que, con tanto tesón, les enseñamos á amar después de Dios.

Si ellos llegaran á advertir que esta página íntima está fechada en el destierro, recuérdales, pues tú lo sabes, que no debe culparse de ello á la patria, y enséñales á preferir siempre el sufrimiento, que tú has sobrellevado conmigo, al abandono de su misión moral en la tierra.

No sin algún pesar me separo de Tabaré para darlo al público. Él ha sido mi compañero inseparable y bueno durante estos últimos años de tantas amarguras para mi espíritu y, lo que es peor, de tantas desgracias para nuestro país. Pero va á tus manos, y esto hace menos sensible la despedida.

Que tú quieras también un poco á mi indio; que tú lo mirards con menos indiferencia de lo que él acaso merece, me lo demuestra el hecho de haber tú sentido una antipatía y una repulsión invencibles hácia D. Gonzalo de Orgaz porque lo hirió de muerte en el bosque.

Si á tí se te hubiera dado á elegir el desenlace de mi poema, yo bien me sé cuál hubieras elegido.

¡No podía ser!

Nó: tu idea era imposible. Blanca (tu raza, nuestra raza) ha quedado viva sobre el cadáver del charrúa.

Pero, en cambio, las últimas notas que escuchards en mi poema son los lamentos de la española y la oración del monje; la voz de nuestra raza y el acento de nuestra fe; la caridad cristiana y la misericordia eterna.

El poeta no puede decir mentiras por más dulces que ellas sean.

¿Te ries?

Pues no te lo digo en broma. El arte es la verdad, la alta verdad inoculada en la ficción como un soplo vivificante y eterno; de ahí que la verdad, lo real en el arte no esté en la forma, como lo eterno en el hombre no está en el cuerpo.

Y la prueba de ello la tienes en que la alta verdad, la excelsa realidad del pensamiento, alma de la creación artística, ha inmortalizado y conducido triunfantes al través de los siglos obras de formas diversas y hasta radicalmente opuestas, formas que recorren un diapasón tan extenso como el que media (te citaré dos obras que tú conoces) entre La Tempestad de Shakespeare y El Quijote de Cervantes.

El arte contribuye poderosamente á la felicidad y al mejoramiento sociales, ¿sabes por qué?

¿Será porque copia ó reproduce lo que existe materialmente, lo que todo el mundo ve y toca, y porque consigue despertar en el hombre las mismas impresiones que las escenas reales despiertan en él?

Todo lo contrario.

El arte contribuye al mejoramiento social porque, por medio de él, el común de las gentes participa de la visión de los hombres excepcionales, y se eleva y ennoblece en la contemplación de aquello cuya existencia no conocería si el poeta no le dijera: levanta la frente; sube conmigo á las regiones de la belleza; la atmósfera es

pura porque acaba de atravesarla la tempestad del genio que, como las tempestades de la tierra, purifica el ambiente.

En una palabra: el arte no es otra cosa que la reproducción sensible de la vida ideal.

Y la vida única de la inteligencia es la verdad, como la única vida de la voluntad es el bien.

De ahí que la única fuente de belleza artística sea el pensamiento en que el bien se difunde y la verdad esplende; de ahí que, como antes te decía, el poeta no pueda decir mentiras.

Yo debía, pues, decir la verdad en Tabaré; inocularla en el organismo literario que amasaba con el limo de nuestra tierra virgen y hermosa.

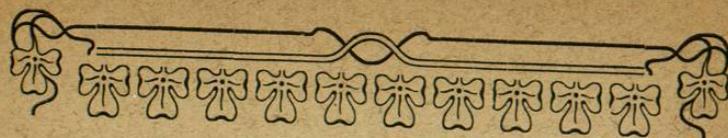
No extrañes que haya elegido una verdad llena de inmensa tristeza: las que más aprietan el corazón son las que más eficazmente lo exprimen, las que le hacen verter su jugo más íntimo.

El de mi alma va en Tabaré; por eso te lo ofrezco en una fecha que nos es querida (1).

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

Buenos Aires, 19 de Agosto de 1886.

(1) Después de escrita esta página, que respeto hasta en sus incorrecciones, y antes de darla á la prensa, mi esposa ha muerto.... He bendecido la voluntad de Dios que me la dió y me la quitó: he ofrecido á Dios, como holocausto propiciatorio, los pedazos de mi corazón que Él destrozó. Con la absoluta evidencia de la fe, sólo veo en el dolor el nuncio de las divinas misericordias. — Sea.



TABARÉ

INTRODUCCIÓN

I.

Levantaré la losa de una tumba;
É internándome en ella,
Encenderé en el fondo el pensamiento
Que alumbrará la soledad inmensa.

Dadme la lira, y vamos: la de hierro,
La más pesada y negra;
Esa, la de apoyarse en las rodillas,
Y sostenerse con la mano trémula,

Mientras la azota el viento temeroso
Que silba en las tormentas,
Y, al golpe del granizo restallando,
Sus acordes difunde en las tinieblas;

La de cantar sentado entre las ruinas
Como el ave agorera;
La que, arrojada al fondo del abismo,
Del fondo del abismo nos contesta.

Al desgranarse las potentes notas
De sus heridas cuerdas,
Despertarán los ecos que han dormido
Sueño de siglos en la obscura huesa;

Y formarán la estrofa que revele
Lo que la muerte piensa;
Resurrección de voces extinguidas,
Extraño acorde que en mi mente suena.

II.

Vosotros, los que amáis los imposibles,
Los que vivís la vida de la idea;
Los que sabéis de ignotas muchedumbres,
Que los espacios infinitos pueblan,

Y de esos seres que entran en las almas
Y mensajes oscuros les revelan,
Desabrochan las flores en el campo,
Y encienden en el cielo las estrellas;

Los que escucháis quejidos y palabras
En el triste rumor de la hoja seca,
Y algo más que la idea del invierno
Próximo y frío á vuestra mente llega,

Al mirar que los vientos otoñales
Los árboles desnudan, y los dejan
Ateridos, inmóviles, deformes,
Como esqueletos de hermosuras muertas;

Seguidme hasta saber de esas historias
Que el mar y el cielo y el dolor nos cuentan;
Que narran el ombú de nuestras lomas,
El verde canelón de las riberas,

La palma centenaria, el camalote,
El ñandubay, los talas y las ceibas:
La historia de la sangre de un desierto,
La triste historia de una raza muerta.

Y vosotros aun más, bardos amigos,
Trovadores galanos de mi tierra,
Vírgenes de mi patria y de mi raza
Que templáis el laúd de los poetas;

Seguidme juntos á escuchar las notas
De una elegía que en la patria nuestra
El bosque entona cuando queda solo,
Y todo duerme entre sus ramas quietas;

Crecen laureles, hijos de la noche,
Que esperan liras para asirse á ellas,
Allá en la obscuridad en que aun palpita
El grito del desierto y de la selva.

III.

¡Extraña y negra noche! ¿Dónde vamos?
¿Es esto cielo ó tierra?
¿Es lo de arriba? ¿Lo de abajo? Es lo hondo,
Sin relación, ni espacio, ni barreras.

Sumersión del espíritu en lo oscuro,
Reino de las quimeras,
En que no sabe el pensamiento humano
Si descende, ó asciende, ó se despeña.

El caos de la mente que pujante
La inspiración ordena;
Los elementos vagos y dispersos
Que amasa el genio y en la forma encierra.

Notas, palabras, llantos, alaridos,
 Plegarias, anatemas,
 Formas que pasan, puntos luminosos,
 Gérmenes de imposibles existencias;

 Vidas absurdas, en eterna busca
 De cuerpos que no encuentran;
 Días y noches en estrecho abrazo,
 Que espacio y tiempo en que vivir esperan;

 Líneas fosforescentes y fugaces,
 Y que en los ojos quedan
 Como estrofas de un himno bosquejado,
 O gérmenes de auroras ó de estrellas;

 Colores que se funden y repelen
 En inquietud eterna,
 Ansias de luz, primeras vibraciones
 Que no hallan ritmo, no dan lumbre, y cesan;

 Tipos que hubieran sido y que no fueron
 Y que aun el sér esperan;
 Informes creaciones, que se mueven
 Con una vida extraña é incompleta.

 Proyectos, modelados por el tiempo,
 De razas intermedias;
 Principios sutilísimos que oscilan
 Entre la forma errante y la materia;

 Voces que llaman, que interrogan siempre
 Sin encontrar respuesta;
 Palabras de un idioma indefinible
 Que no han hablado las humanas lenguas;

 Acordes que, al brotar, rompen el arpa,
 Y en los aires revientan
 Estridentes, sin ritmo, como notas
 De mil puntos diversos que se encuentran,

Y se abrazan en vano sin fundirse,
 Y hasta esa misma repulsión ingénita
 Forma armonía, pero rara, absurda,
 Música indescriptible, pero inmensa;

 Rumor de silenciosas muchedumbres,
 Tumultos que se alejan...
 Todo se agita, en ronda atropellada,
 En esta obscuridad que nos rodea;

 Todo asalta en tropel al pensamiento,
 Que en su seno penetra
 A hacer inteligible lo confuso,
 A enfrenar lo que huye y se rebela;

 A consagrar del ritmo y del sonido
 La dulce unión eterna,
 La del color y el alma con la línea,
 De la palabra virgen con la idea.

 Todo brota en tropel, al levantarse
 La ponderosa piedra,
 Como bandada de aves que chirriando
 Brota del fondo de profunda cueva;

 Nube con vida que, cobrando formas
 Variables y quiméricas,
 Se contrae, se alarga y se revuelve
 Por sí misma empujada en las tinieblas.

 Allí cuajó en mi mente, obedeciendo
 A una atracción secreta,
 Y entre risas, y llantos, y alaridos,
 Se alzó la sombra de la raza muerta:

 De aquella raza que pasó desnuda
 Y errante por mi tierra,
 Como el eco de un ruego no escuchado
 Que, camino del cielo, el viento lleva.

Tipo soñado, sobre el haz surgido
De la infinita niebla;
Ensueño de una noche sin aurora,
Flor que una tumba alimentó en sus grietas:

Cuando veo tu imagen impalpable
Encarnar nuestra América,
Y fundirse en la estrofa transparente,
Darle su vida, y palpar en ella;

Cuando creo formar el desposorio
De tu ignorada esencia
Con esa forma virgen, que los genios
Para su amor ó su dolor encuentran;

Cuando creo infundirte, con mi vida,
El sér de la epopeya,
Y legarte á mi patria y á mi gloria
Grande como mi amor y mi impotencia,

El más débil contacto de las formas
Desvanece tu huella,
Como al contacto de la luz, se apaga
El brillo sin calor de las luciérnagas.

Pero te ví. Flotabas en lo obscuro,
Como un girón de niebla;
Afluían á tí, buscando vida,
Como á su centro acuden las moléculas,

Líneas, colores, notas de un acorde
Disperso, que frenéticas
Se buscaban en tí; palpitaciones
Que en tí buscaban corazón y arterias;

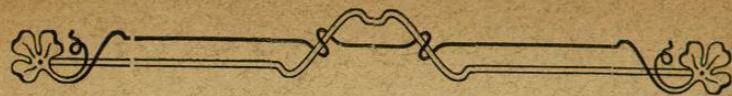
Miradas que luchaban en tus ojos
Por imprimir su huella,
Y lágrimas y anhelos y esperanzas
Que en tu alma reclamaban existencia.

Todo lo de la raza: lo inaudito,
Lo que el tiempo dispersa,
Y no cabe en la forma limitada,
Y hace estallar la estrofa que lo encierra.

Ha quedado en mi espíritu tu sombra,
Como en los ojos quedan
Los puntos negros de contornos ígneos
Que deja en ellos una lumbre intensa...

¡Ah! nó, no pasarás, como la nube
Que el agua inmóvil en su faz refleja;
Como esos sueños de la media noche
Que en la mañana ya no se recuerdan:

Yo te ofrezco, ¡oh ensueño de mis días!
La vida de mis cantos, que en la tierra
Vivirán más que yo... ¡Palpita y anda,
Forma imposible de la estirpe muerta!



LIBRO PRIMERO

CANTO PRIMERO.

I.

El *Uruguay* y el *Plata*
Vivían su salvaje primavera;
La sonrisa de Dios de que nacieron
Aún palpita en las aguas y en las selvas;

Aún viste al espinillo
Su amarillo *tipoy*; aún en la yerba
Engendra los vapores temblorosos
Y á la calandria en el *ombú* despierta;

Aún dibuja misterios
En el *mburucuyá* de las riberas,
Anuncia el día, y por la tarde enciende
Su último beso en la primera estrella;

Aún alienta en el viento
Que cimbra blandamente las palmeras,
Que remece los juncos de la orilla
Y las hebras del sauce balancea;

Y hasta el río dormido
Baja, en el rayo de las lunas llenas,
Para enhebrar diamantes en las olas,
Y resbalar ó retorcerse en ellas.